

Segundo premio

Qué lejos te vas quedando...

María Jesús González García

“Chavalillos despertaros, andar, daros prisa, levantaros, que ya llegó el momento de marcharnos. Nos vamos a ver al papá”.

Por segunda vez escuchaba a mi mamá, desde el piso de abajo, decir esta frase o alguna otra parecida. Yo tenía un estado emocional raro, de mucha alegría pero también creo que era miedo pues me encontré rezando al Niñito Jesús. Y le decía: “vente con nosotros a América, Jesusito, no nos dejes solos. Vente y si quieres cuando estemos con mi papá te vuelves”. “Jesusito de mi vida eres niño como yo por eso te quiero tanto y te doy mi corazón. Tómallo, recíbelo que tuyo es y mío no”. Y seguía con la Virgencita “Bendita sea tu pureza, eternamente lo sea...”¹.

Estábamos en el mes de diciembre y seguramente que estaba nevando. Hoy no tendría que transitar caminando por la nieve para ir al colegio. Pues si hubiese sido así me hubiera llegado la nieve hasta las rodillas, como me pasó días anteriores, cuando no transitaba por caminos hechos como zanjas por donde habían apartado la nieve Tampoco mi mamá me acomodaría mis piernas casi dentro del horno de la cocina, de hierro y a leña o carbón, como otros días, cuando volvíamos mi hermana Nines y yo del colegio.

Era un día muy especial, más que eso especialísimo. Me resultaban extraños los ruidos que venían del piso de abajo, eran poco comunes. Tomé la ropa que mi mamá había dejado preparada sobre la cama. Y comencé a ponerme varias prendas que me protegerían del frío, entre ellas el justillo, una prenda hecha como en tela de matelase con cintas² que hacían las veces de hombreras y que se ataba en la cintura bien ceñido abrigando todo el torso, la saya y demás prendas, bastantes más. Mis tres hermanos seguían remoloneando en sus camas. Estaban contentos. Yo me sentía extraña, muy contenta pero también

¹ Diversas oraciones infantiles muy comunes en España. (N.E.)

² La autora describe una pieza de indumentaria denominada “chambra” en Castilla y León. (N.E.)

con sentimientos encontrados. Aún no éramos conscientes del cambio vertiginoso en nuestras vidas, el cual ya había comenzado 8 meses atrás.

Subimos a una camioneta. Un primo lejano de mi mamá que vivía en Bilbao, Mariano, estaba ayudando a poner en la misma camioneta varios paquetes. Ahora pensándolo no me doy cuenta en qué momento y como fueron despachadas muchas cosas. Por ejemplo la máquina de coser Sigma que fue utilizada durante muchos años aquí, en Buenos Aires. Sé que vino dentro de algún colchón, de los que hay vestigios todavía, así como almohadas de lana de oveja que una vez por año se sacaban de su funda para cardarlas con una vara. Todavía hay algunas tacitas de porcelana que yo guardo como tesoros, algunos cubiertos de alpaca, también mantas de pura lana y colchas que cuidamos como se fueran de seda de la mejor calidad

En ese momento yo no era muy consciente de lo que me estaba pasando. No pensaba que tal vez no volvería a mi casa, de la calle Duero nº 21 del Cruceiro San Julián, que era un barrio obrero. Era grande, tenía planta baja, y en el piso de arriba las habitaciones. Tenía un patio mediano y en él un pozo de agua, lo hicieron mi papá y los vecinos. De éste se sacaba agua muy fresca o se refrescaban las bebidas en el verano bajándolas en un balde. Tenía mi papá su carpintería a la que se llegaba cruzando el patio. Allí hacía sus trabajos de carpintería, además vendía leña y carbón. También estaba la terraza arriba de esta carpintería. En ésta mi mamá escondió unos palillos de no se que planta para que me desaparecieran las verrugas que yo tenía sobre mi labio superior y que por más que hicimos nunca pudimos curar. Había que esconderlos en un lugar donde se supiera que nunca más iba a volver. Esto me lo contó mi mamá años después. El caso es que mis verrugas desaparecieron.

Y ese Cruceiro San Julián, qué bonito. Íbamos a jugar allí y sobre todo para recoger castañas pilongas³ que luego vendíamos a cambio de unas perras pues servían de alimento para las vacas lecheras. El número de teléfono también lo recuerdo: 3608. Tal vez nunca mas volvería a mi barrio y nunca más vería a mis amigas con quienes jugaba por las tardes. Todas salíamos a la calle después de cumplir con nuestras labores. Tantos juegos que después no volví a repetir y que extrañé durante tanto tiempo. Tampoco volvería a temer que se me escapara hablar de Franco, no se podía decir nada, y esto lo tomábamos como un juego de terror entre la cuadrilla, si lo mencionábamos mal, algo muy peligroso nos podía pasar. No sabía que nada de todo eso lo volvería a vivir. Solo pensaba en mi papá, en ese guapetón que me esperaba en América.

Días anteriores habíamos estado en Padrones. Bellísimo pueblito donde nacieron mis padres y que esta situado en la Bureba, extensa comarca ubicada

³ Castañas amargas, no aptas para consumo humano. (N.E.)

al noreste de Burgos. Rica en paisajes, arte e historia., a la que Azorín mencionó como “Una Castilla en miniatura” o “El corazón de la tierra de Burgos”. En esta oportunidad sentí mucha pena porque todos estaban muy tristes. No fue una estadía igual a las de tantas otras. Yo en Padrones de Bureba tantas veces viví la felicidad. Tengo recuerdos tan vívidos y maravillosos. Me llevaría días enteros escribirlos, aunque no puedo dejar de mencionar algunos. Como por ejemplo mi abuela Angelita Tudanca, *la Carpintera* le decían en el pueblo. Su casa con su huerta, la terraza y el río que pasaba por uno de sus límites... Ah! Y la cuadra donde estaban las vacas y *la Chata* y *la Castaña*, dos mulas a las que quise con todo mi corazón. Estas últimas arrastraban el trillo, en éste, junto con otros niños, nos montábamos cuando en la era se trillaba. En la cuadra, lugar donde había mucha paja, pesebre y animales, teníamos que hacer nuestras necesidades intestinales pues en el pueblo no había aún retrete o váter. Si, allí sobre la paja y entre los animales. Claro, estaban atados, creo, pero no tenía miedo ni me sentía extraña. Las comidas de mi abuela: sobadillos, la morcilla burgalesa que se hace de arroz y de sangre. La sidra⁴, el chacolf⁵, veía como los hacían. Varios señores dentro de un gran receptáculo pisaban las manzanas. Las hogazas de pan cocidas en enormes hornos de leña, los polvorones ¿Y las matanzas? Veía como mataban a los cerdos, que triste que me ponía eso. Y la casa de mis abuelos maternos tanta calidez, tantos recuerdos entrañables. Las puertas eran de madera pesada, estaban divididas por la mitad horizontalmente, se habría en forma independiente una hoja de la otra. Las tengo muy presentes pues Marce tiene cercenadas las falanges superiores de sus dedos índice mayor y anular de la mano derecha. Esto es así porque cuando era pequeñita se las cortó en esa puerta. Nos cuenta que cuando iba el boticario o el practicante a curarla, ella se escondía para salvarse del dolor que le producía dicha curación. El practicante le decía: “calla, calla que tu te vas a casar con mi Ángel”, ella le sacaba la lengua y alguna barbaridad le respondía. Me viene al recuerdo también al mencionar ese tipo de puertas que las mismas tenían en el extremo inferior, no se si derecho o izquierdo, unas especie de abertura en forma de arco del tamaño de las gallinas. Éstas, a una determinada hora del día, entraban por el mismo al igual que habían salido, cada una en la casa que le correspondía. Pero además por ese mismo agujero se guardaba la llave, que era muy grande, de esa puerta. Puerta principal de entrada a la casa. Esto mismo pasaba en toda las puertas de todo el pueblo. Esto sucedía cuando los dueños de casa salían. Cerraban la puerta metían la mano con la llave

⁴ Bebida de bajo contenido alcohólico a base de zumo de manzanas fermentado. (N.E.)

⁵ Vino blanco, ácido y de poca graduación alcohólica característico del norte de Burgos y del País Vasco. (N.E.)

por ese agujero y la depositaban en el suelo dentro de la casa y luego cuando volvían pues allí estaba, metían la mano y la cogían para luego abrir. Pero no solamente las gallinas salían y volvían cada una a su lugar sino también vacas, ovejas, caballos y cabras, es decir que a determinada hora salían se iban al monte y luego a determinada hora volvían. Los cencerros nos avisaban y cada animal solito iba a su cuadra.

Mi familia materna tenía también otra casa frente al puente que cruzaba el río. Era más moderna que éstas que mencioné anteriormente. No la habitaban. En esta guardaban manzanas en el primer piso de la misma y también en el desván. Aun mantengo el recuerdo de ese aroma que daban las manzanas. Entre otras, estaban las reinetas –aun creo recordar su sabor–; eran de pintitas, son las que más me gustaban; había también unas amarillas y las espiriegas.

Recuerdo la iglesia del pueblo con su cura don Julito. Recuerdo la procesión de las Mercedes, las fiestas patronales. Y luego los bailes en la plaza con los músicos que venían para la ocasión. ¿Y la fuente de Goz? Digna de explotación turística comercial. Es como un manantial de agua cristalina muy rica y muy fría aun en pleno verano. Íbamos desde Burgos con el coche de línea siempre que la carretera y, sobre todo, la nieve nos lo permitieran, pues recuerdo que unas navidades mis hermanos y yo estábamos en el pueblo y mis padres no pudieron subir de tanta nieve que había, por lo tanto pasamos Nochebuena sin ellos. ¿Y los pesebres que armaba mi tía Celi? Eran casi reales, ponía tanta creatividad, tanto ingenio. Y los carnavales cuando disfrazados íbamos por las casa pidiendo céntimos, reales o pesetas. Cualquier moneda que nos dieran nos venía de perillas.

Efectivamente, nevaba y hacía frío. Qué bonito y especial que se pone el ambiente cuando cae nieve. Pasamos, esta vez en coche y no a pié, por la misma plaza que nos llevaba al Colegio de las Hermanas de la Caridad. Al pasar por allí nuevamente y como siempre, se detuvo mi mirada en el campanario de la iglesia donde se veían cigüeñas, esas que traían a los niños recién nacidos. Yo, de verdad, he visto niños en el extremo de sus largos picos. Mi hermanillo había nacido hacía poco tiempo y la Milagritos, Sarita, Mari Carmen y algunos otros chicos de la calle, mis hermanos y yo nos perdimos de ver cuando la cigüeña entró por la ventana del piso de arriba de mi casa dejando al niño en los brazos de mi mamá. Esto sucedía mientras la Milagritos nos decía que ella se había enterado de que los niños salían de la barriga de su mamá, lo cual nos dejó con la boca abierta a todos, pero claro, no se lo creímos aunque alguna duda nos dejó sobre la veracidad de ese decir. En ese instante una voz desde el piso de arriba gritaba: “ya llegó, ya llegó la cigüeña, mirarla como se va”. El caso que nadie la vio y nos quedó el lamento por haber sido tan distraídos.

La camioneta se detuvo en la estación de trenes. Subimos. También era novedoso, un tren nos llevaría de Burgos a Bilbao. No recuerdo mucho ese

viaje. Estaba más concentrada e imaginando, como otras veces, cómo sería el barco que me llevaría a América a ver a mi papá. Roberto se había ido de Burgos hacía ya 8 meses, con la intención de ver si allí, en América, si podríamos vivir mejor sin que mi mamá tuviera que trabajar tanto y así poder estar más tiempo con nosotros. Esa era nuestra gran ilusión.

Como decía, iba a volver a ver a mi papá. La última vez que lo vi fue en esa misma estación. Yo había ido con mi mamá a despedirle. Recuerdo la imagen de ellos dos, estaban abrazados, creo que sin poder dejar de hacerlo, y yo los miraba. Tenían los ojos como con lágrimas, eso me preocupaba y me extrañaba mucho pues nunca los había visto así. Le escuché decir a mi papá: “Chatilla, maja, si tú me dices que me quede, me quedo”. Era su voz débil, casi sin fuerza. Yo creo que le estaba diciendo, dime que no me vaya. Mi mamá con mucho coraje se soltó de él, le dio un empujoncito y vi a Roberto correr hacia el tren porque éste ya se había puesto en marcha. Me puse a llorar, no quería que se fuera. Mi mamá también lloraba con disimulo. No hablamos en todo el camino de regreso a casa. Al llegar y al abrir la puerta se escucha la voz de mi hermanito Paquito llamando, “Papá, papá”.

Sabía yo que iba a pasar un tiempo hasta que lo volviera a ver, lo que no sabía es que sería tantísimo, tanto. Y además, también sabía que se iba muy pero muy lejos y que estaría en un lugar donde había indios muy peligrosos con pelos y unas plumas que les llegaban hasta el suelo, que estaban medio desnudos y que hacían rondas alrededor de fuego y detrás de sus prisioneros. Encima, tenía que atravesar un lugar de mucha agua donde solo se veía mucha agua y que el barco se podía hundir. Mi papá se iba y nos quedábamos solitos. Veía a mi mamá también con lágrimas en los ojos sin poder decirme nada. Un poquito mi consuelo era que mi mamá iba a estar con nosotros mucho más tiempo. Ella trabajaba en una pescadería en la calle Los Alfareros. La recuerdo porque mi papá nos llevaba muchas veces a verla trabajando. La misma lindaba a sus espaldas con las vías del tren. Para llegar allí debíamos cruzar estas vías, pero que no lo hacíamos por el paso a nivel lo hacíamos por otro lugar que luego saltando una tapia nos encontrábamos con la pescadería. Se ve que de esta forma acortábamos camino. El tren era a carbón. Recuerdo cuando pitaba su chimenea, mientras echaba grandes bocanadas de humo muy blanco y muy espeso.

Fue muy larga y muy sufrida la ausencia de mi papá. Yo quería verle. Casi siempre, se daba que cada ocho días, y eso que estaba en el barco, llegaba una carta suya. Era un momento glorioso para nosotros, sentados alrededor de mi mamá, nos leía la carta y veíamos las postales que de vez en cuando nos mandaba. Eran cartas muy entusiastas. Nos contaba de los amigos que se había echado en el barco, de los lugares que estaba conociendo cuando el barco hacía escala. Pero lo más maravilloso era que esas cartas me confirmaban que

no se había hundido el barco y las posteriores, que no se lo habían comido los indios y que tampoco lo había ahogado el río, ese río que estaba cerca de donde el vivía pues, cuando llovía, solía crecer mucho, tanto que entraba en las casas y las llenaba de agua. Rezábamos todas las noches a la Virgencita Milagrosa para que nada de eso sucediera.

Llegamos a Bilbao, me gustó mucho conocer ese bonito Puente Colgante⁶. Pero algo estaba mal, repentina y sorpresivamente tendríamos que viajar a San Sebastián. Sucedió que alguno de los papeles no estaba bien y si no nos dábamos prisa y nos los arreglaban pronto, no podríamos irnos con nuestro papá. Notaba a mi mamá muy preocupada, pero con la ayuda de Mariano nos fuimos de Bilbao y volvimos a tomarnos el barco que nos llevaría a América.

El barco, ¡qué barcazo! No era como yo me lo había imaginado. Era mucho más grande, pero para qué tanto, pensaba. Estaba asustada. Y no tenía el triángulo sobre una plataforma que suelen tener esos barcos de los cuentos o esos barquitos que yo dibujaba. Había muchísima gente mirando hacia él. Yo tenía que subir a esa cosa tan grande por unas escaleras que lo separaban de la tierra. Subiendo por estas me preocupaba por tener que pasar por allí. ¿Y si me caía?, pues se veía el agua del mar entre sus peldaños. No me quería separar de mi mamá. Tantos miedos se conjugaban allí y en ese momento. Ella se ocupaba más de mi hermano Paquito lo llevaba “a upa”, él tenía mucho menos de dos años. Estaba yo pendiente de mis otros hermanos, éramos todos muy pequeñitos, yo la mayor y la más juiciosa, según lo que decía mi mamá.

Ya estábamos arriba y ahora se empezaba a mover, pitaba, el sonido muy grave mientras se separaba de la orilla. A la gente cada vez se la veía más pequeñita y ya no se distinguían los pañuelos que movían con sus manos al despedirse. ¡Qué lejos te estabas quedando España de mi querer!

Pero yo en ese momento, estaba muy pero muy contenta. No me había caído al agua y a mi madre también se la notaba muy bien. Mis hermanos con cara de asombro y preguntando muchas cosas a la vez. Qué bonito que era ese barco, era casi todo blanco era muy grande; tenía varios pisos y había mucha gente dentro de él. ¿Cómo soportaba tanto peso? “¡Ay! que no se hunda, Jesusito de mi vida”. Esas unas barandas, ¡madre mía!, había que tener mucho cuidado pues te acercabas y allí estaba el mar, te podías caer. Qué color que tenía el mar, esas crestas con espuma... Debería haber muchos peces, pero yo no vi ninguno, o sí, pero había tantas cosas para ver, tantos sentires, tantos pensamientos.

⁶ Se refiere al centenario puente colgante de Portugalete, aún en uso, declarado bien integrante del patrimonio mundial por la UNESCO. (N.E.)

Fuimos a nuestro camarote. Era muy pequeño. Tenía tres camas una arriba de otra. Yo dormía en una de las camas de abajo, con mi hermana. Y siempre elegía del lado del ojo de buey. Ojo de buey por el que se podían meter, tal vez, los navegantes que rondaban con sus barquitas cuando hacíamos escala en algún puerto. De esto me enteré días después al oírlo decir entre la gente.

Se veía el agua golpear contra el mismo. Estábamos en el piso de abajo. Esa noche no subimos al comedor. Mi hermana no hacía más que devolver, pues se puso muy mala con mucho mareo. Pero luego sí que íbamos al comedor. Nos llamaban con una campanilla, que más tarde, mi hermanillo Robertito, a quién llamábamos Titín, tomaría posesión, para llamar él, junto con su marinero amigo, a todos a comer. Nos trataban muy bien, la gente nos quería mucho. A mi mamá le decían la señora de los niños y todos estaban dispuestos a ayudarla. La primera noche pasé mucho miedo. Sentía como se movía el barco, se inclinaba de un lado para otro. Cuando yo percibía y me imaginaba, no sé, tremenda inclinación hacia un lado, rezaba al Niñito Jesús para que hiciera que se soltara un gran hierro del lado contrario que lo pondría derecho. Durante el día no tenía tanto miedo. Jugábamos mucho en la cubierta, no recuerdo que hubiese otros niños. Tenía una gran piscina, no nos metimos pues no sabíamos nadar, claro además era la primera vez que veíamos una. Nos colgábamos de los barrotes y hacíamos monerías por cuanta cosa que nos llamaba la atención.

Con el correr de los días pudimos estar sin tanto abrigo en la cubierta y a medida que pasaba el tiempo nos íbamos despojando de ropas que ya empezaban a sobrar, ya no hacía frío y poco a poco empezamos a sentir calor. Claro, nos acercábamos al Ecuador.

Yo también me puse mala. Un día empezaron a picarme las manos y el resto del cuerpo. Marce me llevó a la enfermería, me dijeron que tenía sarna, así que a partir de allí cubiertos que solamente yo podría usar, toallas, en fin, no tendría que contagiar a nadie. Recuerdo muchas cosas vividas en ese Monte Umbe. Las Navidades y el Año Nuevo que pasamos allí. No me acuerdo si los Reyes me echaron algo o no. ¿Me habría portado mal? No, seguramente que no, porque tampoco recuerdo que me hayan echado carbón como solía pasar con los niños traviosos. Cuanta alegría de toda la gente, que fiestas más especiales y tan novedosas para nosotros. Todos muy felices pero nadie más que yo, ya faltaba poco para ver a mi papá.

Otro momento muy bonito, fue el paso por el Ecuador, momento en el que todo el barco se puso de fiesta. En esa oportunidad nos bautizaron, nos dieron globos caramelos y nos pusieron nombres de peces. Cuánta música, que alegría. Otro momento, pero esta vez nada bonito, fue cuando se hizo el simulacro de hundimiento del barco. Eso fue muy malo, yo no entendía nada. Tengo muy poco recuerdo de esa escena, pero sé, por lo que me cuenta mi hermana

Nines, como lo vivió ella. Resulta que el barco se hundía y que nos teníamos que poner los salvavidas y saltar a los barcos chiquititos que iban a estar al lado del que estábamos. A nosotros que éramos cinco nos entregaron cuatro, por lo tanto uno de nosotros no lo iba a tener y se iba a ahogar. Mi hermana cuenta que era Marce quien se quedaba sin él. Recuerda el mal momento que pasó pues vaya a saber los terribles pensamientos que le habrán aparecido al ver a su mamá sin ninguna protección. Recuerdo muy poco de ese momento, seguramente que la vivencia fue tan dura que mi conciencia lo escondió por el sufrimiento que me produjo. Sí recuerdo el fuerte pitar del barco y la gente corriendo asustada.

Nos bajábamos en todos los puertos donde el barco hacia escala. Mucho me llamó la atención la gente de Santos, no me podía explicar su negrura, es como si se habían puesto servus⁷ y se habían pasado el cepillo muy fuertemente sobre la piel pues estaban muy negros y brillantes parecían de charol. También me llamaron la atención las hormigas, eran gigantes, grandísimas. Mi mamá nos compró, a Nines y a mi, unos sombreritos blancos que estrenaríamos para recibir a mi papá También teníamos blusa y falda nuevas de los mismos tonos de las camisas y pantaloncitos de mis hermanos. Ropa que nos había hecho la Hilaria que era modista y amiga de mi mamá. Mi papá nos iba a ver preciosos. Teníamos también zapatos de charol nuevos.

Mi papá fue a esperarnos a Montevideo. El barco hizo escala allí y allí se subió. Lo distinguí desde la cubierta. Ese era mi papá, lo estaba viendo. Los cuatro nos pusimos a gritar “¡papá, papá, papá!”. Él, enseguida, nos vio, levantaba sus brazos agitándolos con muchísimo movimiento. Estaba más delgado y tenía otro color de gafas yo conocía unas verdes y estas eran marrones. Pero ¡qué guapo que es y cuánto lo quiero!, pensaba. Ahora lo que más quería era abrazarle, pero cuanto tardaba en darle ese abrazo y ese millón de besos que los tenía todos guardaditos para él. Los cuatro nos chocamos contra su cuerpo, gritando y riendo a la vez. Esa noche no dormimos. Viajamos los seis en el camarote rumbo a Argentina, además estaba una tía, esposa del hermano de mi papá pues lo había acompañado. Hablamos toda la noche, al principio, todos a la vez. Éramos felices, ya no tenía miedo a nada, estaba mi papá.

Llegamos al puerto de Buenos Aires. No me gusto nada, estaba muy desordenado todo y como sucio. Tampoco la casa donde vivimos durante muchos años, era muy pobre, interna no tenía luz natural ni ventilación. No era nuestra. No pasé buenos momentos en la misma, ni tampoco con la gente que nos cuidó mientras mi mamá estuvo internada en el Instituto del Quemado, ellos eran los dueños de la propiedad. Durante muchísimos años

⁷ Conocida marca de betún para calzado. (N.E.)

vivimos con la ilusión de tener una casa parecida a nuestra casa de Burgos. Hasta que mi papá logró reunir las condiciones para obtener un crédito del Hogar Obrero y con eso compró una casa muy vieja que fuimos arreglando los sábados y domingos entre los seis con la alegría de que un día la habitaríamos y también con el entusiasmo de que después de trabajar nos esperaba un riquísimo piscolabis.

Bajamos del barco. Me fui de él sin darle importancia. Hoy me gustaría verlo otra vez y pasear por su cubierta. El puerto de Buenos Aires no es como era. Cuando voy por allí busco a mi barquito otra vez y hasta me ilusiono, por momentos, con que me devuelve a mi España. Pues ¡yo soy bien española! Enfatizo esto porque en una oportunidad me sucedió algo muy curioso, que paso a explicar. Al descubrir a una señora hablando con acento bien español (siempre que escucho el castellano castizo, empieza a latirme el corazón ¡de una manera!), embargada por una fuerte emoción, me presento, le pregunto que de dónde es y le cuento con mucho orgullo: “yo soy española, soy de Burgos”. Me pregunta: “pero, ¿cuánto hace que estás aquí?”, y le digo, en forma inocente, “pues hace casi 40 años”, a lo cual contesta: “ay española dice”, y se le oye como una carcajadilla burlona. Cuanta tristeza y que rabia me dio. Durante un tiempo tuve esa actitud burlona en mi recuerdo. Esa señora no sabe la crudeza de la situación, lo que es emigrar. Fue difícil la inclusión en este bendito país, Argentina.

Mi mamá, a los pocos días de haber llegado, tuvo un accidente con la lavadora, al hacer un cortocircuito. Ella se quedó pegada en la misma y al querer soltarse se cayó de espaldas y la lavadora encima de sus piernas, funcionando. Nosotros al verla en el suelo inconsciente, intentábamos despertarla. Mi papá estaba trabajando. Algunos la mordíamos, otros la gritaban. A ninguno de nosotros cuatro nos pasó nada, fue de milagro pues estábamos entre el agua y con la electricidad del artefacto. Mi mamá se salvó. Estuvo ocho meses internada en el Instituto del Quemado. Se la habían llevado de mi casa como muerta.

Mi papá en esos días se cortó un dedo con la sierra de la carpintería donde trabajaba. También empezó a padecer de asma, no podía respirar. Pasaba noches enteras caminando por la terraza porque le faltaba el aire. (¿Sería el aire de Burgos el que a él le faltaba? Yo creo que hay mucho de esto pues muchísimas veces deseé estar en España).

Me costó mucho sentirme bien y adaptarme también a esa escuelita municipal a la que fui durante dos años. Es que extrañaba mi colegio. La ilusión de Marce era que pronto pudiéramos ir al colegio de curas que estaba cerca de casa. Era chiquitita y tenía su gracia esa escuelita. Nos trataban muy bien a mi hermana y a mí. Pero mi colegio estaba muy lejos. Como extrañaba a mis amigas, a las Hermanas. Ahora que lo recuerdo me resulta gracioso pues llamábamos la atención al hablar, la gente se detenía para escucharnos. Si íbamos a

la verdulería pues nos hacían repetir palabras como “cebolla” por ejemplo. Es que hablábamos distinto. A la gente le hacía gracia y a mí me daba muchísima vergüenza, no me gustaba llamar la atención, hacían que me sintiera diferente. Pasé por un tiempo de mucha timidez, me costó hacer amigas. Recuerdo que teníamos que sacar de nuestro vocabulario la palabra “coger”. “Aquí es una palabra mala, que no se dice”, nos decían nuestros padres⁸. Y cada vez que nos olvidábamos de no usarla se enfadaban con nosotros.

Y empecé a echar de menos a mi abuela Angelita, mi abuela paterna. Ella era la única que me quedaba. Se había quedado allí, en Padrones de Bureba, junto a mis tíos y mis primos. Mis padres eran los dos de allí. Se casaron y se fueron a vivir a Burgos. Mi abuela María Sáiz, yo la conocí, era muy pequeñita cuando murió. Ahora digo que gracias a ella mis padres no se vinieron antes a la Argentina pues ella se oponía a que nos viniéramos. Y, por suerte, la hicieron caso pues me siento orgullosa de haber nacido y vivido en Burgos, al menos, lo suficiente para permitirme tener recuerdos de mi vida en allí.

Fue muy triste también cuando fuimos con mi mamá a despedirnos de nuestra familia en Padrones. Claro, yo en ese momento no entendía la magnitud de lo que nos estaba pasando, lo comprendí años después, aquí, cuando me embargaba la pena por no poder estar con toda esa gente de mis amores y en mi lugar, mi tierra. Yo quería verlos a todos y esto no era posible y no lo fue por muchísimos años.

–“Señora, ¿cómo que no soy española? Soy nacida en Burgos”. Territorio donde se dieron los orígenes históricos de Castilla. Lugar donde nació el idioma castellano. Gracias a que muchos españoles nos tuvimos que ir, no por elección sino por necesidad, muchos otros se pudieron quedar viviendo bien. Tal vez no sepa, señora, los sinfines de peripecias por la que pasamos los españoles en el extranjero. Y hace que, también en el dolor, tengamos muy presente a nuestra gente, nuestra tierra y la esperanza de volver a ella.

Contaré uno de los tantos episodios vividos por el cual experimenté mi esencia española y el sentimiento por mis raíces españolas y mi preferencia por las mismas. Sucedió que al terminar el ciclo de estudios secundarios, obtuve el título de perito mercantil. Por esto me presenté en el Banco Hipotecario Nacional con el ánimo de obtener un cargo allí. Debía pasar un riguroso examen. Me sometí a éste. Obtuve un excelente puntaje (sic), por lo cual el puesto era mío. Además tenía experiencia laboral. Trabajé desde los catorce años como empleada administrativa en un estudio jurídico contable. Estudiaba por la mañana y trabajaba por la tarde. Me sentía feliz igual que toda mi familia

⁸ Coger, en Argentina, se utiliza usualmente para referirse al acto sexual. (N.E.)

por semejante logro. Lo malo fue que al presentar mi documentación resulta que era española por lo tanto no podría ocuparlo, salvo que sacara la ciudadanía argentina. El Banco me daba el tiempo para ello. Pasé por momentos de gran angustia, no quería perder la ciudadanía española. El caso que necesitaba trabajar y ése era un excelente lugar, no me lo podía perder. Inicé los trámites para obtener la ciudadanía argentina. Pero llegado el momento de jurar la bandera argentina, esto significaba renunciar a la española. En el momento de la jura no lo pude hacer me negué. No quise seguir con el trámite. Afortunadamente un muchachito, empleado del organismo me llamó a parte y me aconsejó que dijera que no podía seguir con el trámite por cuestiones de tener que repentinamente volver a España o que buscara una excusa que justificara mi decisión de no continuar pues de no ser así, sería considerada como desertora. Así lo hice. Años más tarde y al firmarse el acuerdo entre España y Argentina de la doble nacionalidad, obtuve la nacionalidad argentina sin perder la española. Me fue necesaria para poder trabajar en el Hospital Municipal de Agudos Dr. Cosme Argerich, una vez que obtuve mi título de la Licenciatura en Psicología otorgado por la Universidad Nacional de Buenos Aires. En este Hospital hice una importante carrera. Trabajé *ad honorem* durante nueve años, llegando a desempeñarme como coordinadora del Equipo de Interconsultas de Niños y de Adolescentes. Orgullosamente pude retribuir a la ciudadanía argentina, a través de mi trabajo *ad honorem*, la gratuidad de mis estudios.

La casa de mis padres es un pedacito de Burgos en Buenos Aires. Está presente la Catedral, la iglesia de Padrones, el Cid con su Tizona y su caballo Babieca. Recuerdos, fotos, cuadros, música etc.

Roberto nos contestaba diferentes cosas cuando le preguntábamos por qué no estamos en España. Pareciera que no encontraba algo que justificara profundamente tal cambio. El decía que observaba como las familias se separaban, pues los diferentes miembros tenían que irse a otros países en busca de trabajo, que temía que nosotros nos tuviéramos que ir a Alemania, por ejemplo, como lo habían hecho unos hijos de sus amigos.

Nos entusiasmaban diciendo que Nines, que era muy salerosa y mostraba condiciones artísticas, iba a llegar a ser en Buenos Aires como Marisol, cantante y artista que admirábamos.

Pues aquí estamos. En este maravilloso país que nos dio todo para que fuésemos felices y en compensación de tanto sufrimiento por haber dejado lo nuestro y a los nuestros. Mis padres nos enseñaron a querer Argentina. Pero también toda España está en ellos. Nunca dejaron de hablarnos de nuestro país, de Burgos, de Castilla y León.

Roberto y Marce se integraron en el Centro de Castilla y León de Mar del Plata, pues en esa ciudad vivieron durante algunos años una vez que nos casamos. Roberto era integrante del coro de la institución. Yo soy socia del

Centro Burgalés de Buenos Aires, participo varias actividades y también soy integrante del coro del Centro.

Y no tan pronto pero... ¡te volví a ver, mi España, mi Burgos querido! He vuelto a España con mis hijos, que son argentinos y españoles. Con su papá, un excelente gallego nacido en Sobrado, Orense, quien vino con su mamá cuando tenía un año, pues el papá de él, don Elías Fernández, ya hacía un año y nueve meses que estaba en la Argentina.

Me han visto llorar de la emoción, bajo la estatua del Cid Campeador. Enseñándoles la catedral, y sobre todo, el altar mayor donde yo tomé mi primera comunión. Mi hermana tomó su primera comunión en una celebración privada que hicieron en nuestro colegio, exclusiva para nosotros, pues como mi papá se venía para la Argentina era importante que antes de este viaje tomara la comunión. Así fue, a mí me vistieron de ángel. En ese colegio donde aprendí tantas cosas que jamás olvidé. Todos los ríos de España sus recorridos, las montañas, las provincias y su capitales, las tablas de multiplicar. Recuerdo el método. Alineados en fila recorríamos el patio cantando melódicamente y repitiendo esos temas mencionados y algunos otros. Tengo grabado también como aprendíamos a leer. Era así: en corro alrededor de sor Casimira leíamos y ella marcaba el ritmo con la chasca. Saqué varias veces la banda, premio a la puntualidad y a la aplicación. Era de mucho orgullo sacarse esa banda, se premiaba semanalmente con ella.

También paseamos por el Espolón. Ellos metieron, igual que hice yo, sus manos en esas tremendas bocas de los leones con sus pinchudos colmillos, del Puente de San Pablo situado sobre el bonito río Arlanzón. Han conocido Fuentes Blancas ese lugar tan precioso de meriendas, donde íbamos de paseo los domingos con mi vestido de justamente de domingo y mis zapatos de charol. Han probado el refresco, el regaliz, las pipas, los pasteles. Han conocido a su bisabuela Angelita y nos han visto a las dos sin poder soltarnos en el momento de la despedida. Pues bien sabíamos las dos que no nos íbamos a volver a ver. Esta vez sí que era consciente de ello. Me daba cuenta, al igual que lo que había pasado con mis padres en la estación de Burgos, que detrás de esa separación sobrevendría algo inevitable.

Conocieron Burgos, aunque de alguna manera, ya lo conocían de tanto haberles hablado. Lo que sí no pasaron por la vivencia que da la presencia de los Gigantillos y los Gigantones en las fiestas de san Pedro y san Pablo o en otras fiestas populares. Tampoco la Cabalgata de los Reyes Magos, ni la procesión de Semana Santa (¡cómo me asustaban los capuchones!⁹). No conocie-

⁹ La autora se refiere a los cofrades que procesionan en Semana Santa en numerosas localidades de Castilla y León con largas túnicas y capuchones. (N.E.)

ron tampoco Fuentes Blancas ni las barracas, ni la tómbola. Sí los columpios y los juegos de las plazas. Estos juegos se inauguraron un poco antes de que yo me viniera a Argentina. Así como también creo que un poco antes aparecieron las televisiones. Nosotros no teníamos, tampoco mis amigas, por ello nos íbamos al bar de Nicuesa a verla.

También conocieron Padrones y sus pueblitos de alrededor pues en algunos de ellos teníamos y tenemos familia y de otros nos resultan conocidos pues mis padres nos hablaban de sus aventuras de mozas recorriendo y yendo a las fiestas de esos lugares.

Vimos Oña, donde vive mi tía Araceli González. Vimos Briviesca, volví a comer sus almendras, Poza de la Sal, Salas, Aguas Cándidas, Ozabejas, Quintanapodio, Rucandío, Ojeda, Huéspedea, Bentretea. ¡Ah! con este último, ¡qué risa que me dio al ver el cartel indicador! Bentretea. Me acordé de mi papá que cuando estaba muy enfadado por algo, algunas veces, pues se ponía a blasfemar. Entre algunas frases que decía se le escuchaba por ejemplo decir “me cagiën los cojones de bentretea”. Así que caí en la cuenta de que existía Bentretea, o sea, pues también sus atributos.

En memoria de mi padre, Roberto González Tudanca, que falleció hace muy poquitito. Un gran burgalés de genio y figura. También para mi madre, Marcelina García Saiz, quien sigue siendo *la Chuli*. Así le decían en Padrones; una digna burgalesa.

Me sale mencionar también a mi hermano Roberto González García, quien murió en 1995. Pero previo a su muerte y junto a su esposa Graciela Lynn, quien falleció un año y medio antes que él y en honor a la vida dieron existencia a Rodrigo y a Eliana quienes nos sirven de orgullo a la familia entera. Entre padre e hijo, y también mi hermano Francisco lograron engrandecer una gran fabrica de tarugos de madera y accesorios de decoración, iniciada por mi papá como un pequeño taller al mando de un gran carpintero.



Hoja del pasaporte de mi madre, Marcelina García Sáiz.



Hoja del pasaporte de mi padre, Roberto González.



Certificado de buena conducta –y cualificación profesional- expedido en 1962 a favor de mi padre en Burgos para que pudiera emigrar.

Que lejos te vas quedando...